

DESDE EDÉN HASTA BELÉN

ADVIENTO—NAVIDAD 2016

En el jardín del Edén, el ser humano le volvió sus espaldas a Dios. Nuestras acciones nos trajeron graves consecuencias: juicio, sufrimiento y muerte. Pero de ese mismo jardín también surgió el plan de salvación y vida eterna de Dios. Un rayo de esperanza llenó la tierra. El descendiente allí prometido un día habría de cambiar la triste historia de la humanidad. Lo que comenzó en el árbol del Edén habría de ser revertido en el árbol de la cruz, donde el Niño nacido en Belén sería llevado a la muerte para que nosotros pudiéramos tener vida.

Como dice Schimpf en su devocional para el 28 de noviembre:

La historia de salvación de la humanidad y la suerte eterna de todos nosotros, estará ligada a la venida de ese Niño anunciado en el Edén... En ese Niño serán benditas todas las naciones. Él sería un gran profeta. Sería un rey digno de los nombres más sublimes... pero al mismo tiempo un humilde siervo, nuestro hermano.

Ese Niño viene en camino: desde el Edén hasta Belén. Como pecadores tenemos razones de sobra para esperarlo y confiar en su venida. Este Adviento puede ayudarnos a renovar nuestra fe en Él. Dios, quien tenía el derecho de abandonarnos en nuestra tragedia, por amor decidió venir en nuestro auxilio en la persona de su Hijo. Que su venida no termine en Belén, sino que alcance nuestra vida y nuestra familia, para regresarnos al nuevo Edén.

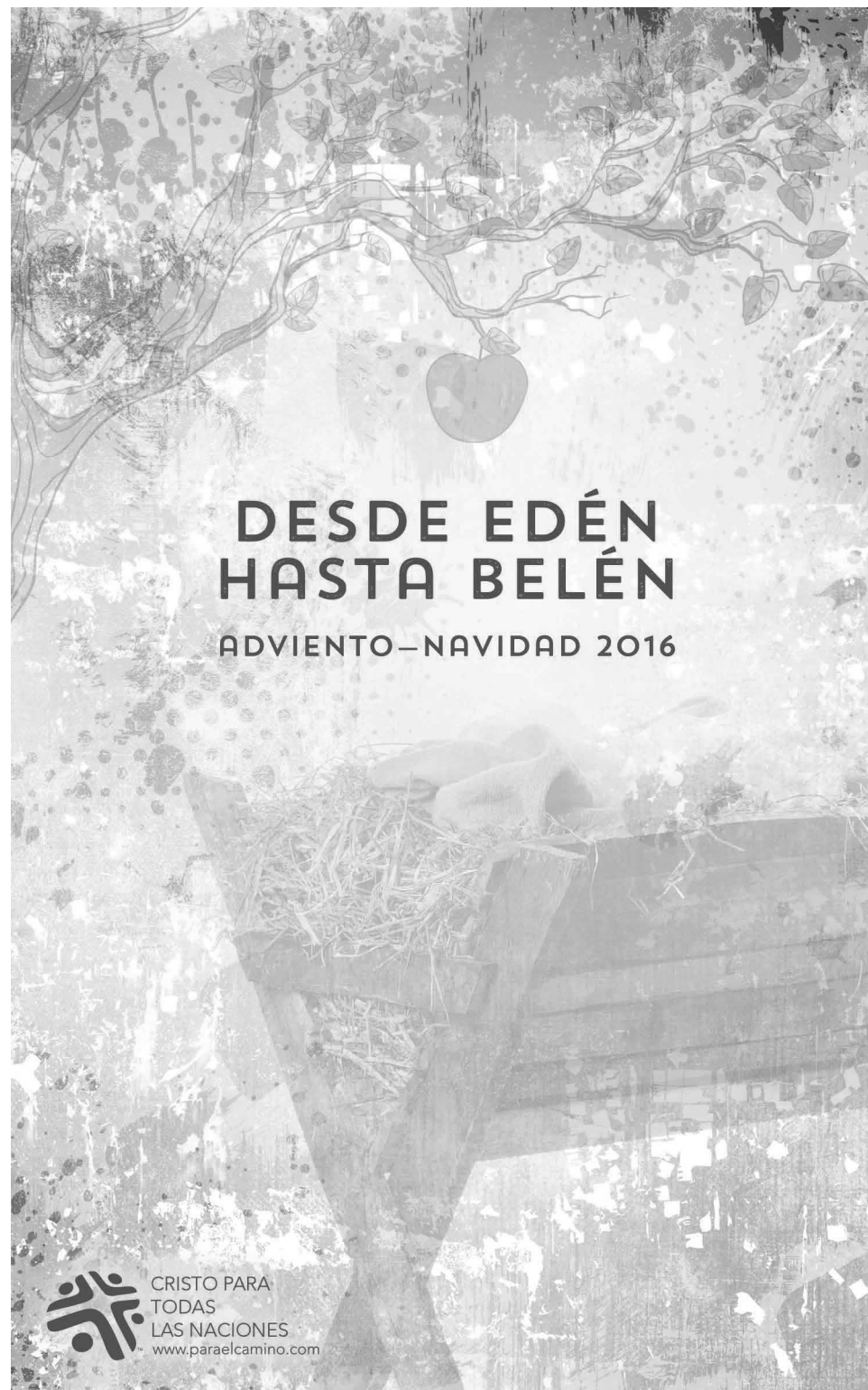
Que Dios bendiga tu camino en estos días en que esperamos y celebramos la venida de nuestro Salvador.

Para imprimir más copias de este devocional, ir a
www.paraelcamino.com/adviento



CRISTO PARA TODAS
LAS NACIONES

660 Mason Ridge Center Drive, St. Louis, MO 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • www.paraelcamino.com



DESDE EDÉN HASTA BELÉN

ADVIENTO—NAVIDAD 2016



CRISTO PARA
TODAS
LAS NACIONES
www.paraelcamino.com

ACERCA DEL AUTOR

El Reverendo Antonio Schimpf es pastor de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina y profesor de Antiguo Testamento en el Seminario Concordia de Buenos Aires, del cual fuera Director entre los años 1995 y 2003.

Durante algunos años se desempeñó como pastor de tiempo parcial de la Congregación La Concordia que funciona en el campus del Seminario, llevando a cabo, a la vez, un trabajo misional en una zona carenciada en el Gran Buenos Aires.

En la actualidad, está finalizando una maestría en teología en el área de Biblia en el Seminario Concordia de Saint Louis, Missouri. Antonio está casado con Mónica Schneider, con quien tienen dos hijos adultos, Lucas y Lara.

06 de enero
Mateo 2:1-12

Postrados, adoremos

Cuando entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y, postrándose ante él, lo adoraron. Luego abrieron sus tesoros y le ofrecieron oro, incienso y mirra. (Mt 2:11)

Estamos terminando el recorrido. Un recorrido delineado por Dios desde el principio. Ya arribamos. Este es un encuentro lleno de devoción. Postrados ante el niño, rindiéndole adoración.

Desde Edén hasta Belén: Dios ha cumplido su antigua promesa. Desde el lejano oriente hasta la aldea de David: su promesa es para los habitantes de todas las naciones. Desde el lugar en el que transcurren nuestras vidas, quizás tristes y pobres, hasta dar cara a cara con el niño Dios: un Niño que también es para ti.

Hemos visto desfilar a profetas, ángeles y pastores. Hemos observado el gozo de mujeres embarazadas alabando a Dios por su fidelidad. Hemos oído a un anciano regocijarse infinitamente, tomando en sus brazos al Autor de nuestra salvación. Falta alguien en ese escenario singular montado por Dios: ¿acaso eres tú? ¿Seguirás la estrella que guió a los magos, o te quedarás con tu triste historia una navidad más?

Quizás tu viaje no sea corto: ¡estás tan alejado de Dios! Quizás lleves encima navidades vacías, con sabor a poco y nada. Tal vez percibiste que ésta fue destinada a ser TU navidad. ¿Transitarás otro año sin recibir el regalo que Dios quiere darte? No pases de largo. Detente en Belén. Que, al comienzo de este año, Belén sea tu primera parada. No debes traer nada: alcanza con un corazón arrepentido. Él quiere darte todo. Con su pobreza, él te llenará de riquezas. Él puede poner en tu corazón la fe más preciosa, que brilla como el oro. Vamos, te invito. Vayamos a Belén y de rodillas adoremos.

Gracias, Dios, por el Salvador que enviaste a la humanidad. Dirígeme a su pesebre, a su casa, a su iglesia y finalmente a tu cielo. Amén.

En colaboración con *Cristo Para Todas Las Naciones*©

© 2016 Cristo Para Todas Las Naciones
Las citas bíblicas han sido tomadas de
La Santa Biblia—Versión Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas

05 de enero
Gálatas 4:4-7

El Hijo nos hace hijos

Dios envió a su Hijo, que nació de una mujer y sujeto a la ley... a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. (Gá 4:4-5)

¿A qué cosas tenemos derecho por ser hijos o hijas de alguien? En principio, el derecho a ser protegidos, a recibir el apellido, a heredar lo que es de nuestros padres. Ser hijo de alguien determina nuestro origen y, en gran medida, determina también nuestra historia y nuestro carácter. Es normal que los hijos tengamos algo de nuestros padres, incluyendo cosas negativas, lo que nos liga a ellos de por vida y nos hace recordarlos.

La Biblia nos enseña que los cristianos llegamos a ser hijos de Dios. Pero, ¿cómo es que sucede? El ser hijos de Dios replica, de cierta manera, la relación que Dios el Padre tiene con su Hijo Jesucristo. Jesucristo es hijo de Dios por naturaleza. Él es, eternamente, de la misma sustancia que el Padre. Él fue engendrado, no hecho, por el Padre desde la eternidad. Pero ese Hijo eterno se hizo humano y nació de una mujer en la plenitud del tiempo. Además, siendo el Señor de la ley, se sometió a la ley para cumplir hasta la última coma en nuestro lugar.

Por causa de ese Hijo, que es hijo por *naturaleza*, nosotros también podemos llegar a ser hijos de Dios, por *gracia*. Y si hijos, también herederos. Ahora podemos llamarle a Dios "Padre", como lo hacemos en el Padrenuestro. Ese cambio de estatus es extraordinario. De ser esclavos del pecado, de estar bajo la esclavitud de la ley, pasamos a ser hijos y herederos. Ahora, por fe, llegamos a ser parte de la gran familia de Dios. Confiemos en el Hijo: por medio de Él, somos hechos hijos e hijas de Dios.

Gracias, Dios y Padre eterno. Te alabamos infinitamente porque, en Cristo, llegamos a ser tus hijos y herederos. Amén.

27 de noviembre
Mateo 21:1-11

Un rey que viene

¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna en las alturas! (Mt 21:9)

Si bien hoy en día las monarquías ya casi no existen, es fácil imaginar lo que significaba la visita de un rey. ¡Cuánto despliegue de pompa, lujo y poder acompañaba su venida! Todas las personas tenían que saber que el monarca venía, y en lo posible debían rendirle tributo a su paso. Un rey era un ser muy especial: tenía derecho sobre la vida de sus súbditos. El rey era EL REY, y nadie ignoraba lo que eso significaba.

Los cristianos de todo el mundo comenzamos hoy los preparativos para la llegada de nuestro rey Jesús. Se inicia un período llamado Adviento, término que significa "venida" o "advenimiento". Este es un tiempo muy especial, en el que comienza un nuevo ciclo en el cual todo puede renovarse. El que viene es muy importante: es el Señor de la vida, el hacedor del mundo, el dueño del universo. Pero su venida no está rodeada de pompa ni de gloria: veremos un pesebre, un burrito, una corona de espinas... ¡una cruz! Sin embargo, en él reside la gloria de Dios.

Vale la pena prepararnos. Se trata de algo más que limpiar y adornar. Se trata de preparar nuestras mentes y corazones en verdadero arrepentimiento y humildad. Su venida fue necesaria por causa de nuestro pecado. La idea es que no nos tome desprevenidos, distraídos, entretenidos en las cosas mundanas. Que el camino hacia la próxima navidad nos prepare para un encuentro real, profundo, cara a cara con Jesús. Que nuestras voces puedan unirse al canto de quienes lo reciben con alabanzas, diciendo: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Señor: que tu venida no me tome por sorpresa. Ayúdame a prepararme en humildad y sinceridad. Ven, Señor Jesús. Amén.

28 de noviembre
Génesis 3:6-15

Desde Edén hasta Belén

Yo pondré enemistad entre la mujer y tú, y entre tu descendencia y su descendencia; ella te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón. (Gn 3:15)

La llegada de un niño a un hogar puede generar un gran impacto. Un niño puede ser la concreción de un profundo anhelo... o una sorpresa inesperada que causa un terremoto emocional. ¡Cuánto más puede significar para el mundo la llegada de ese Niño prometido a nuestros primeros padres!

La historia de salvación de la humanidad y la suerte eterna de todos nosotros, estaría ligada a la venida de ese Niño anunciado en el Edén. Adán y Eva, expulsados del paraíso, sumidos en la realidad del pecado, tenían una luz de esperanza: ese descendiente algún día revertiría la tragedia que desencadenó nuestra triste historia de sufrimiento y muerte. Lo que comenzó con un árbol, sería revertido en el árbol de la cruz. Librar del sufrimiento costaría mucho sufrimiento.

En ese Niño serían benditas todas las naciones. Él sería un gran profeta. Sería un rey digno de los nombres más sublimes. Se nos sugiere que ese ser que nacerá será alguien divino, pero al mismo tiempo un siervo humilde, nuestro hermano.

Ese Niño viene en camino: desde el Edén hasta Belén. Como pecadores tenemos razones de sobra para esperarlo y confiar en su venida. Este Adviento puede ayudarnos a renovar nuestra fe en Él. Dios, quien tenía el derecho de abandonarnos en nuestra tragedia, por amor decidió venir en nuestro auxilio en la persona de su Hijo. Que su venida no termine en Belén, sino que alcance nuestra vida y la de nuestra familia, para regresarnos al nuevo Edén.

Padre de la humanidad: gracias por cumplir tu promesa dada en el Edén. Renueva nuestra fe en el Niño de Belén. En su santo nombre. Amén.

04 de enero
Salmo 148

Alabanza perfecta

¡Alabado sea el nombre del Señor! ¡Sólo su nombre merece ser exaltado! ¡Su gloria domina los cielos y la tierra! (Sal 148:13)

El libro de los salmos puede ser descrito como una larga procesión hacia la gloria y la alabanza plenas. Pero en ese largo camino de los justos, de todo el pueblo de Dios, hay angustia, cruz y persecución. El justo se ve rodeado muchas veces de enemigos que lo acusan falsamente, que se burlan de su fe, que quieren convencerle de que Dios lo ha abandonado. Sin embargo, en medio de esa opresión, el justo prorrumpe a veces en alabanza. Y lo hace no porque disfrute de bienestar y plenitud absolutas, sino porque sabe que los sufrimientos del tiempo presente no son nada comparados con la gloria que le aguarda al final de su peregrinación.

El justo es aquel que depende de la misericordia divina, el que sabe que no tiene nada para ofrecerle a Dios, sino más bien tiene todo para recibir. La dependencia de Dios es su sello personal. En consecuencia, el justo es un hombre de oración que goza de estar en la presencia de Dios y que ruega por perdón y misericordia. Por lo tanto, se refugia en Dios, en su Palabra, en sus promesas de gracia.

Mientras el justo camina, lucha y ora, vislumbra el final del camino. Los últimos salmos retratan un escenario de alabanza perpetua, celebración definitiva, en el cual todo lo creado, seres vivos e inertes, celestes y terrenos, son convocados a alabar a Dios. Terminada la peregrinación, se puede ver plenamente lo antes vislumbrado: que ni el mal ni la muerte tienen la palabra final, que Dios reina a través de su Mesías, que Dios Creador y Salvador es el Todo para todos. Creamos hoy. Alabemos ya. Alabaremos para siempre mañana.

Señor de la historia: que los sufrimientos del tiempo presente no me impidan alabarte ya. Por causa de Jesús, mi Salvador. Amén.

03 de enero
Salmo 8

Indignos de su favor

¿Qué es el ser humano, para que en él pienses? ¿Qué es la humanidad, para que la tomes en cuenta? (Sal 8:4)

Bajo el inmenso cielo estrellado, consciente de su finitud ante semejante espectáculo, el salmista deja fluir su pensamiento. Lo que él ve refleja la gloria del Creador: ¡Cuánta grandeza y belleza plasmadas en cada detalle! Se asombra por lo que él representa en medio de tanta inmensidad, y piensa en la paradoja, en la aparente contradicción que existe en todo aquello. Se sorprende porque Dios actúa contra toda lógica. Un Dios cuyas armas defensivas son... ¡los niños de pecho que le alaban! ¿Qué Dios es este? ¿Cómo es posible que los niños sean su baluarte?

Todo parece extraño, misterioso, admirable. ¿Cómo es que ese Dios infinito y poderoso se ocupe de un ser humano tan limitado? ¿Cuál es la razón para que se fije en él? ¿Por qué fue capaz de hacerse como uno de ellos? Dios mismo hecho un niño para mostrarle al ser humano su favor, su gracia, su amor. Un ser humano al que había llenado de honor en la creación. Pero que había sido destituido de esa gloria por orgulloso, por querer robarle a Dios "Su" gloria.

Sin embargo, Dios insiste en estar cerca de esta creatura que acumula tantas historias de fracaso y rebeldía. Ahora, por medio de Jesús, un ser humano vuelve a ser señor de la creación. Pero no por vía de la rebeldía, sino de la obediencia y del servicio. Nacerá en un pesebre. Será coronado con una corona de espinas. Será exaltado en una cruz. Sin embargo, Dios lo declarará SEÑOR. Por medio de Jesús, Dios vuelve a reinar en nuestros corazones. Somos indignos de tanto favor. Por eso exclamamos: ¡Qué grande eres, Dios!

Dios infinito: no soy nada ante tu inmensidad. Gracias por tu favor inmerecido, tu encarnación y redención. Por Jesús, Amén.

29 de noviembre
Isaías 2:2-4

La paz es posible

Convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces. (Is 2:4)

Procurar la paz, en términos humanos, es un reto muchas veces inalcanzable. Un viejo dicho reza: "Si quieres la paz, prepárate para la guerra". De hecho, así ha sucedido durante siglos: pueblos y naciones armándose hasta los dientes a fin de garantizar la paz. Pero, como enseña la historia, esa paz muchas veces no es más que una frágil tregua. Si impide la guerra, es debido a que el temor que genera el rival hace que el sentido común evite ir contra el instinto de supervivencia.

Pero hay otra paz que sí es posible: es la que sucede cuando la causa de todos los conflictos y enemistades es erradicada y, en su lugar, se instalan el perdón, la confianza y la justicia. Los profetas del Antiguo Testamento anticipan esa era de paz perfecta y duradera. No es una paz construida desde abajo e impuesta por el temor al otro, ni por consenso, sino que viene desde arriba. Es la *Shalom* de Dios, que está fundada sobre SU buena voluntad y no la nuestra y que busca reconciliar todas las cosas con Dios en la persona de Jesús, el príncipe de paz.

Esa es la paz que habrían de anunciar los ángeles aquella noche a los pastores en Belén: *paz y buena voluntad (de Dios) para con los hombres*. Ese Niño que viene en camino será la auténtica prenda de paz, dado que tomará sobre sí mismo todo pecado y rebeldía, a fin de que pueda haber perdón auténtico. Siendo perdonados, podemos perdonarnos mutuamente y a nosotros mismos, y ya no tratamos de resolver los conflictos con lanzas y espadas, agresiones ni venganzas. Demos la bienvenida a esta *Shalom*.

Señor: dame la paz que es fruto de tu perdón. Transfórmame en un instrumento de paz sincera y duradera. Amén.

30 de noviembre
Isaías 1:2-9

Un asno nos enseña

El buey conoce a su dueño, y el asno conoce el pesebre de su amo, pero Israel no entiende; ¡mi pueblo no tiene entendimiento! (Is 1:3)

¿Cómo es posible que un buey o un asno nos den una lección? Al comienzo de su libro, el profeta Isaías nos invita a pensar en una característica notoria que tienen estos dos animales. Aunque con fama de tercos y sin demasiada inteligencia, hay algo en lo que jamás fallarán: saben reconocer a su dueño... saben dónde está el pesebre de su amo.

Es un lenguaje cargado de ironía. Israel, el pueblo al cual Dios había librado de Egipto con su mano poderosa y que había comido de la mano generosa de Yahvé, de repente se comportaba peor que un asno. No reconocían quién era su dueño; habían abandonado a su Señor e iban a comer a los pesebres de dioses extraños. Yahvé, a fin de atraerlos hacia sí mismo, tuvo que tratarlos con rudeza; sufrieron en su propio pellejo la ira divina. Sin embargo, en el día de la ira, Dios los trató con misericordia.

Es una paradoja que en los retratos navideños tengamos un asno o un buey, pero que allí no se encuentre Israel. Es que el asno sí conoce el pesebre de su amo. La navidad es una oportunidad para que dejemos de lado nuestra terquedad y reconozcamos a nuestro hacedor; nuestro dueño, ¡que se deja encontrar en un pesebre!

El sentido profundo de la navidad es que tú y yo reconozcamos el pesebre de nuestro Señor y vayamos allí para encontrarle. Su Palabra y sus sacramentos son, hoy, el pesebre donde él puede ser hallado. Aprendamos del asno.

Señor, líbrame de la torpeza y terquedad de ignorar tu presencia, para que busque y encuentre tu pesebre. Amén.

02 de enero
Lucas 2:36-38

El momento y el lugar indicados

En ese mismo instante Ana se presentó, y dio gracias a Dios y habló del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. (Lc 2:38)

Estar en el lugar indicado, en el momento justo. A veces sucede, ya sea para nuestro bien o el bien de los demás, y entonces exclamamos cosas tales como ¡fue de Dios! Es que no hay manera de explicar ciertos encuentros o coincidencias. Hasta parece que una mano invisible hubiese organizado todo.

Ana, la anciana profetisa que había pasado casi toda su vida en el templo, vive uno de esos momentos únicos e irrepetibles. Tras largos años sirviendo en la casa de Dios con ayunos y oraciones, consideraba que ése era su lugar en el mundo. Y Dios, a quien había servido con tanta fidelidad, le tenía reservada una sorpresa mayúscula: iba a permitirle ver con sus propios ojos al niño Mesías, su redentor. ¿Acaso fue casualidad? No, en realidad estuvo allí en el momento y lugar indicados.

Ese niño Mesías, el Salvador del mundo, sigue haciéndose presente en los templos en los que se predica su evangelio y se entrega su perdón y salvación en cada servicio divino. Lamentablemente, algunos creen que la iglesia está llena de hipócritas y que ellos –buenos por sí mismos– no tienen por qué estar allí. Otros quizás piensan que son demasiado pecadores y que no tienen cabida en ese lugar; porque es un sitio reservado para santos. Lamentablemente, tanto unos como otros se privarán de un encuentro con Jesús. Porque para encontrarnos con Jesús, es necesario que le busquemos allí donde él se deja encontrar.

No renunciemos a nuestra búsqueda. Jesús quiere encontrarnos. Escuchemos el testimonio de aquellos que, como Ana, nos hablan de Jesús.

Señor Dios: condúceme a tu templo para que pueda oír la invitación de quienes ya se han encontrado contigo. Por Jesús. Amén.

01 de enero
Lucas 2:21

Un nombre sobre todo nombre

Cumplidos los ocho días para que el niño fuera circuncidado, le pusieron por nombre JESÚS, que era el nombre que el ángel le había puesto antes de que fuera concebido. (Lc 2:21)

¿Cómo se va a llamar? ¿Qué nombre le pondrán? Típicas preguntas dirigidas a quienes esperan un bebé. Si es varón, quizá sea el nombre de un abuelo, de un tío o del padre. Si es mujer, quizá sea el nombre de una abuela, de la madre, o de alguna mujer famosa. En muchos casos, el nombre que se le pone a un recién nacido va cargado de grandes expectativas. En otros, no es más que una simple etiqueta que distingue. “Suená bien”, explican los padres.

Por lo general, en la Biblia el nombre define el rol o función que esa persona ha de desempeñar en la vida. El nombre Jesús –en hebreo *Yehoshúa*- es el mismo nombre que llevara Josué, quien tomó la posta de Moisés y llevó a Israel a la tierra prometida. Un nombre sublime, por cierto, que significa “Yahvé salva” o “Yahvé es salvación”. ¡Tan altas expectativas traía el hijo de María sobre sus espaldas, incluso antes de nacer! Su vida y su ministerio nos mostrarían que ese nombre no le quedó grande. Su obediencia, muerte y resurrección confirmaron que ése era el nombre apropiado.

Nuestra condición de pecadores perdidos y condenados necesitaba de un Salvador como Él. En su nombre fueron curados leprosos, expulsados demonios y los muertos salieron de la tumba. ¡Bendito y sublime nombre! En el nombre de Jesús, hoy podemos renacer a una nueva vida. Conozcamos la obra de quien porta ese nombre. Confesemos con fe ese nombre. Doblemos nuestras rodillas ante él. Empecemos este nuevo año en el nombre de JESÚS.

Jesús divino, gran rey del mundo, en este día reconozco y venero tu santo nombre. Sé mi salvador y guía en este nuevo año. Amén.

01 de diciembre
Isaías 1:10-17

Náusea sagrada

¡Lávenselo! ¡Límpiese! ¡Aparten mi vista de sus malas acciones! ¡Dejen de hacer lo malo y aprendan a hacer lo bueno! ¡Busquen la justicia! (Is 1:16-17)

Seguramente, alguna vez hemos experimentado náuseas. Es una sensación desagradable provocada por algo que choca a nuestros sentidos. Para que la náusea cese, debemos evitar el contacto con eso que repugna...o acostumbrarnos. Muchas veces, el acostumbramiento termina siendo la única opción. Y aquello que tanto asco nos daba, se torna tolerable.

Las palabras del profeta Isaías hablan de una náusea sagrada. Es la que experimenta Dios ante quienes le ofrecen su culto sin arrepentimiento ni sinceridad. Aunque acerquen muchas ofrendas y sacrificios costosos -dado que no son movidos por un corazón arrepentido- Dios se niega a aceptar lo que ofrecen. Es más, ese tipo de culto le provoca náuseas, le da asco, le repugna.

Pero a diferencia de nosotros, Dios no está dispuesto a acostumbrarse a lo nauseabundo. Él no transa ni se deja extorsionar. Él dice: ¡Lávenselo! ¡Límpiese! Dios quiere nuestro culto, pero no cualquier culto. Él desea nuestra ofrenda, pero no cualquier ofrenda. No podremos ofrecer nada aceptable hasta que Dios mismo no cambie y purifique nuestro corazón. Lo único aceptable es, al fin y al cabo, lo que él mismo produce en nosotros por su gracia, por su justicia.

La principal ofrenda, la primera, es un corazón arrepentido (Sal 51). Dios jamás rechaza esa ofrenda, por más sucio e impuro que haya sido nuestro corazón en el pasado. Un corazón arrepentido es el que acepta el juicio de Dios y busca su perdón. Y ese perdón es posible gracias a la persona y obra de Jesucristo. Acerquémonos a Dios con un corazón recto. Su palabra es poderosa para purificarnos.

Dios santo y justo: quiero acercarme a ti con el corazón arrepentido. Por Jesús, ten piedad de mí, pobre pecador. Amén.

02 de diciembre
Romanos 13:11-14

Es hora de despertar

Hagan todo esto, conscientes del tiempo en que vivimos y de que ya es hora que despertemos del sueño. (Ro 13:11)

Circula el siguiente dicho: *cocodrilo que se duerme, se convierte en bolso*. Este dicho habla del riesgo de ser pillados mientras dormimos... algo peligroso, incluso si se trata de un cocodrilo. El no estar alertas nos torna vulnerables, nos deja a merced del enemigo. Jesús habla en los evangelios de cuidarnos del ladrón que viene a medianoche.

San Pablo nos exhorta a permanecer atentos, despiertos, vigilantes, a velar y orar; y a estar conscientes del tiempo en que vivimos. Esa es la actitud propia del creyente que vela por su fe, que no se distrae en las cosas mundanas. Estar dormido equivale a andar en las obras de las tinieblas, en glotonerías, borracheras, lujurias, contiendas y envidias. *Comamos y bebamos, que mañana moriremos*; ese es el lema vital de algunos.

Creyentes y no creyentes somos llamados a despertar de esa clase de sueño. La muerte o la segunda venida de Cristo pueden sorprendernos, y seríamos destinados a la eterna condenación. El llamado durante esta época de Adviento es a despertar; a desechar las obras de las tinieblas y a revestirnos de luz, viviendo como si Cristo viniese hoy.

Dios mismo nos prepara para este encuentro crucial. Como pecadores no estamos en condiciones de enfrentar el juicio de Dios: arrepentidos, necesitamos ser revestidos de Cristo y tomar las armas de luz, para luchar contra el pecado en nuestras vidas. Dios nos acepta como somos, pero no nos deja como somos. Su perdón nos renueva, su Espíritu nos anima. Vivamos en su presencia, despiertos y atentos.

Señor, no quiero andar dormido y distraído por la vida. Quiero estar preparado para tu venida. Ayúdame a luchar contra toda tentación. Amén.

31 de diciembre
Lucas 2:25-32

Nuestros ojos vieron su salvación

Señor, ahora despides a este siervo tuyo, y lo despides en paz, de acuerdo a tu palabra. Mis ojos han visto tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos. (Lc 2:29-31)

Un anciano venerable camina hacia el templo. Muchas otras veces ha hecho ese trayecto: disfruta de estar en la presencia del Señor en ese lugar. Muchos en Jerusalén lo saben. Saben que es un hombre venerable, justo y piadoso, como un lazarillo celestial; el Espíritu Santo es quien lo guía en su caminar. Mientras camina, piensa en la promesa de los profetas y teme que le llegue la muerte sin verla concretada. ¿Cuándo enviaría Dios a su Ungido?

Pero esta vez el Señor le tiene reservada una sorpresa. El Señor mismo estará cara a cara con Simeón, en persona. El Señor del templo—¡el Señor del mundo! —lo mirará a través de sus ojos de bebé, para aprobar su fidelidad. El Mesías está ahí, visible, palpable: el niño Dios traído en brazos por sus padres, para celebrar el rito de la ley. Y Simeón tomará a ese niño en sus brazos y pronunciará una alabanza que sigue sonando a través de los siglos.

¿Qué nos queda para ver cuando ya hemos visto el amor de Dios en persona? ¿Qué nos queda para ver luego de haber sabido de su encarnación manifestada en un pesebre? ¿Qué nos queda para ver luego de haber visto su cuerpo colgado de una cruz, sufriendo y muriendo por nuestros pecados? ¿Qué nos queda para ver; oír y degustar, luego de haber recibido su bautismo, su palabra de perdón y el sacramento de su cuerpo y su sangre? Vayamos a su templo. Recibamos sus dones. Unamos nuestro canto a Simeón.

Dios de amor: no permitas que muera sin ver tu salvación. Me arrepiento de los pecados de este año que termina, confiando en tu perdón. Guíame a tu casa. Amén.

30 de diciembre
Hebreos 1:1-9

¡Qué manera de hablar!

Dios... en estos días finales nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y mediante el cual hizo el universo. (Heb 1:2)

Hay maneras y maneras de hablar. Algunos hablan mucho y dicen poco. Otros hablan poco, pero dicen mucho. La relación de Dios con su mundo es una relación de comunicación, no exenta de ruidos. De un lado, hay seres humanos reacios, incluso sordos, hacia su palabra. Del otro lado está Dios, quien desde el mismo Edén se acerca y pregunta una y otra vez: "¿dónde estás?"

Dios usó todas las estrategias posibles para hablarnos. Él habló muchas veces y de distintas maneras. Generación tras generación envió profetas para advertir, llamar al arrepentimiento e invitar a los humanos a volverse a Él. Israel había sido objeto especial del amor y del cuidado divino. A través de Israel, Dios quería llegar al mundo para que todos conociéramos su voluntad y su corazón lleno de amor y gracia.

Comunicar es poner en común, hacer que dos sean como uno. La navidad refleja una manera extraordinaria de comunicación divina. En la navidad, Dios nos habla directamente a través de su Hijo, el heredero, por medio del cual había creado el mismo universo. Jesucristo es quien refleja el carácter y la esencia del Padre, es un representante de Dios que es divino y humano a la vez; un puente de carne y hueso, de boca y corazón, tendido entre el cielo y la tierra. ¡Qué manera de hablar!

No seamos sordos a lo que Dios nos está diciendo por medio de su Mesías, una vez más. Oigamos, miremos y recibamos lo que nos dice. Unidos a Jesús participaremos, por gracia, de lo mismo que Jesús es y será: ser hijos y herederos de Dios, destinados a la gloria eterna junto a Él.

Eterno Dios y Padre: gracias por acercarte a nosotros por medio Jesús. Abre nuestros oídos, mente y corazón para recibirle. Amén.

03 de diciembre
Mateo 24:36-50

Que nadie se duerma

Por tanto, también ustedes estén preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que menos lo esperen. (Mt 24:44)

Estar preparados. Listos. No especular. Tomarnos en serio que el Señor ha de volver. Vivir como si regresara hoy mismo. Jesús no se ahorra advertencias para los suyos. Sin embargo, muchos de sus seguidores andan por la vida como si nada.

La segunda venida de Cristo es una promesa consoladora. Pero, si la olvidamos, puede transformarse en amenaza. Este es el tiempo de la gracia, la era en la cual el evangelio ha de ser compartido, para alcanzar hasta el último perdido. Es un período en el cual los creyentes han de vivir con fidelidad, testimonio y compromiso.

Sin embargo, muchos viven como en los días de Noé: no hacen caso a las advertencias de volverse a Dios, ni escuchan la palabra que se predica. Por eso Jesús ilustra su discurso con la parábola del siervo que es puesto a cargo de los bienes de su señor, pero que especula diciendo: "mi señor tarda en venir". Lamentablemente, cuando el señor llegue ya será tarde. Que no nos suceda lo mismo.

No disponemos de todo el tiempo del mundo. Ahora es tiempo de volvernos a Dios en arrepentimiento... de volvernos a nuestro hermano, nuestro prójimo, en humildad y reconciliación. Ahora es tiempo de gracia. Hoy es el día. Dios no quiere la muerte del impío, sino que éste se aparte de su mal camino y viva (Ez 33:11). Cristo vino y murió, para que nuestro pecado sea perdonado. Cristo vendrá a llevar consigo a los que confiaron, a los que velaron despiertos. El tiempo de gracia llega a su fin: empieza el tiempo de gloria. Que nadie se duerma.

Señor, que tus palabras de promesa me mantengan despierto. No quiero olvidarme de ti, de tu amor, ni de mi prójimo. Haz de mí un testigo fiel. Amén.

04 de diciembre
Mateo 3:1-12

El hacha amenazante

El hacha ya está lista para derribar de raíz a los árboles; por tanto, todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado en el fuego. (Mt 3:10)

Juan el Bautista fue el profeta precursor del Mesías. Su misión era allanar el camino para el Señor; ese salvador anunciado en el Edén que estaba próximo a comenzar su ministerio. ¡El reino de Dios estaba cerca! Pero había un terreno para allanar: Había piedras para remover. El reino de Dios no es buena noticia para los impenitentes, los orgullosos, los que disfrutaban de pecar contra Dios y el prójimo. Para ellos no hay lugar. Sólo hay lugar para los arrepentidos y humildes de corazón, los que saben que deben morir y nacer de nuevo.

Entre quienes se aproximaban a Juan había muchos que sinceramente confesaban sus pecados y se bautizaban como señal de profundo arrepentimiento. Eran los pobres en espíritu de los cuales hablaría Jesús más tarde. Pero también se acercaban otros que pensaban que no tenían nada de qué arrepentirse: no estaban dispuestos a someterse al severo examen de la ley divina. Y como licencia para pecar, usaban el título de “hijos de Abraham”.

Juan también nos interpela a nosotros. ¿Estamos dando los frutos de justicia, amor y compasión que Dios espera? Como pecadores somos puestos bajo el juicio. Dios tiene que derribar lo corrupto y torcido para generar algo nuevo, perfecto, santo. Cristo fue el árbol verde, fructífero, derribado para darnos vida. Unidos a Cristo por la fe, podemos ser como ese árbol del Salmo primero que da su fruto a su tiempo, cuya hoja no cae, que prospera para gloria de Dios. No pretendamos impresionar con frutos defectuosos; que el hacha divina haga su trabajo.

Padre celestial: crea en mí un corazón sincero y fiel. No quiero ser un fariseo. Convénceme de mi pecado. Perdóname por causa de Jesús. Amén.

29 de diciembre
Lucas 1:68-79

¡Promesa cumplida!

Lleno del Espíritu Santo, Zacarías, su padre, profetizó: “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha venido a redimir a su pueblo”. (Lc 1:68)

Dios cumple, siempre cumple. Tarde o temprano, Él cumple. A su debido tiempo, su palabra se hace realidad. Cuando nos parece que se ha olvidado, Él transforma en hechos lo que una vez salió de su boca.

Así fue cuando envió a su Mesías. Lo prometido en Edén sería realidad en Belén. Y no sólo eso: Dios prepararía a un precursor, un mensajero, para allanar el camino de su Mesías. Y ese precursor habría de brotar de un par de ancianos que, en términos de nuestra lógica, ya no aplicaban para semejante privilegio.

La lengua de Zacarías, que había estado atada por meses, ahora se desata en alabanzas. El Espíritu Santo arde en él y ese hombre que tiempo atrás no podía discernir los planes de Dios, ahora ve el cuadro completo. Asombroso. Dios escribe recto sobre líneas torcidas. Su historia sublime de salvación se redacta sobre los renglones curvos de nuestra pobre historia. Bendito sea el Señor, Dios de Israel.

Oigamos la predicación de este Juan, llamado profeta del Altísimo. Él señalará al que viene, el Señor. Él dará a conocer la salvación y el perdón de nuestros pecados. A los arrepentidos, perdón. A los perdidos, salvación. A los que andan en sombras de muerte, vida eterna. Ese niño que viene en camino, ése a quien Juan señalará, es el motivo de nuestro gozo, de nuestra esperanza, de nuestra celebración. La navidad va quedando atrás, pero él estará a nuestro lado para emprender el viaje hacia un nuevo año. Dios cumple sus promesas. La más importante de todas: él es nuestro Emanuel. Dios con nosotros. Hoy, mañana, y siempre.

Te damos gracias y alabanzas, oh Dios, por el cumplimiento de tus santas promesas. Gracias por Juan el Bautista, mensajero del Altísimo. Por Jesús, Amén.

28 de diciembre
Lucas 1:46-55

María, quiero cantar contigo

Entonces María dijo: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Pues se ha dignado mirar a su humilde sierva.” (Lc 1: 46-48)

Dos mujeres se encuentran. Ambas son parientas. Una fue reivindicada de su larga humillación: cuando ya no tenía más esperanzas de concebir quedó embarazada, dejando así atrás el estigma de ser “la estéril” de la familia. Su nombre es Elisabet, y en su vientre crece Juan, el Bautista. La otra es una humilde virgen de Nazaret. Hace poco soñaba con formar una familia con su amado José. Ahora, aun antes de que ese matrimonio fuera consumado, en su vientre se está formando el Rey de Reyes, el Mesías esperado. Todos conocemos su nombre: bendita ella, entre las mujeres y bendito el fruto de su vientre.

A lo largo de la Biblia hay pocos encuentros tan profundos y significativos. Dos mujeres que trascenderán los siglos porque fueron objeto especial del favor de Dios. Sus corazones, sorprendidos por los excelsos planes divinos para con ellas, responden con fe, con gozo y serena obediencia. La alegría que las invade ilumina sus rostros y se transforma en música angelical en sus labios. Los planes de Dios superan lo imaginable. El Poderoso hace grandes cosas. Es que la misericordia divina no tiene límites. María canta, y nosotros somos invitados a cantar con ella.

La navidad pone en nuestros labios un canto nuevo. Aunque nuestra existencia haya transcurrido en medio de las sombras, la vergüenza, o cualquier forma de esclavitud, la navidad viene a encender una luz de esperanza en nuestro mundo. A través de los labios de María, el Espíritu Santo le da letra a nuestra esperanza. María, ¡deja que nuestro humilde corazón se sume a tu canto!

**Quiero cantar, Señor, porque te revelaste como Salvador de nuestras vidas.
Sálvanos de nuestras opresiones y miserias. Fecunda nuestro ser con esperanza.
Amén.**

05 de diciembre
Isaías 11:1-10

Un retoño va asomando

Una vara saldrá del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces. (Is 11:1)

La historia nos muestra cómo las monarquías han entrado en crisis y cómo una dinastía, poderosa en el pasado, desaparece o es reemplazada por formas de gobierno más modernas. En algunos países las rancias dinastías que subsisten no son más que meros símbolos sin poder real. Si se las sigue sosteniendo es por respeto a su pasado, pero no porque despierten grandes esperanzas para el futuro.

La dinastía de David contaba con antecedentes gloriosos. David, el hijo de Isaí, había recibido promesas extraordinarias: su trono permanecería para siempre (2 Samuel 7). Sin embargo, en muchas ocasiones los sucesivos reyes davídicos no estuvieron a la altura de lo esperado, sino que fueron todo lo contrario a lo que se anhelaba en un rey de Israel.

En medio de ese panorama de desazón, Isaías señala a un miembro futuro de la casa davídica que honrará su stirpe. Pero ese renuevo de Isaí tiene características tan extraordinarias, que ningún simple mortal podrá encarnarlas. El rey que viene está destinado a restaurar la creación misma, devastada por el pecado. Su mayor virtud será la justicia. Cada uno de nosotros, condenados a la destrucción y al destierro del Edén, podremos encontrar en Jesús una puerta para regresar al Edén. Por Jesús y en Jesús, los lobos y corderos volverán a convivir en paz.

En el retoño de David tenemos esperanza. A pesar de los fracasos, hay esperanza. A pesar del pecado y la muerte, hay esperanza. Unidos a su muerte y resurrección, el regreso al Edén está garantizado. Aguardemos su venida. Celebremos su venida. Confiemos en su justicia que nos cubre, perdona y santifica.

Padre celestial: prepárame en humildad para recibir a mi rey Jesús. Que mi corazón rebose de fe y gozo ante su venida. En su santo nombre. Amén.

06 de diciembre
Salmo 72:1-15

¡Larga vida al rey!

¡Concédele juzgar a tu pueblo con justicia, y con buen juicio a los afligidos de tu pueblo! (Sal 72:2)

Dos mujeres presentan su caso ante el rey. Ambas dicen ser la madre del bebé que una de ellas trae en brazos. El rey pide una espada. ¡Partamos el niño en dos y le damos la mitad a cada una! No, si esta es la solución, prefiero que lo tenga la otra, dice una de ellas. Sí, que lo parta, y que el niño no sea ni para mí ni para ella, dice la otra. El caso queda resuelto. Se hizo justicia; sí, justicia. Cuántos claman por ella. ¿Quién puede vivir sin ella?

El rey, para ser rey, tenía que ser justo. Muchos contaban con él como último -o único- recurso. El pueblo ora por su rey, espera que sea un lugarteniente de Dios. Varios Salmos se refieren a él. Si había esperanzas en alguien, era en el rey. Cuanto más oprimidos y menesterosos había, más se necesitaba del rey y más se imploraba por un rey justo.

Israel veía una y otra vez que sus reyes no estaban a la altura de sus expectativas. De pronto, las oraciones y salmos se transformaron en profecía y se aplicaron al rey que Dios iba a enviar; al cual esas palabras no le quedarían grandes.

El Adviento nos prepara para la venida de ese rey que dirá: “vengan a mí todos los trabajados y cargados, que yo les daré descanso”, y “mi paz les dejo, mi paz les doy”. Su muerte y resurrección serán la fuente inagotable de justicia que desciende de lo alto. Nuestro principal problema, el pecado, encuentra remedio en Él. Bienvenidas la justicia y la paz. ¡Larga vida al rey!

Divino Jesús: ven a reinar a mi vida. Cúbreme con tu justicia gratuita y perdona mis culpas. Dame tu paz y ayúdame a ser justo. Amén.

27 de diciembre
Mateo 1:18-25

No fue pesadilla: fue un sueño

Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer. (Mt 1:24)

Hay situaciones que comienzan como sueño y terminan como pesadilla. Con José, afortunadamente, sucedió al revés. Comprometido con María, un buen día supo de su embarazo. Podía haberla repudiado y humillado públicamente. Pero como era un hombre justo no quiso exponerla, por lo cual decidió dejarla en secreto. Pero Dios no había fijado su mirada sólo en María; José iba a tener una gran misión en la crianza de este ser extraordinario que venía al mundo, y Dios así se lo comunica. Así como María puede ser considerada la más dichosa de las mujeres, José tendría un papel extraordinario al lado de esa joven mujer de Nazaret.

De manera similar a lo que sucedió con José, a veces la vida se nos torna en pesadilla. Los conflictos familiares y la desconfianza hacen que nuestras relaciones se fracturen y los pactos de amor se desvanezcan. A menos que prestemos atención a lo que Dios nos dice y honremos el pacto de amor que hicimos, no hay manera de salvar una relación de amor. Pero eso demanda humildad, arrepentimiento, perdonar y ser perdonados, confiar en Dios.

Jesús, el salvador de nuestros pecados, es la promesa profética hecha carne. En él se cumplen aquellas palabras misteriosas acerca de una virgen que daría a luz a un niño, el cual sería nuestro Emanuel—Dios con nosotros. Él quiere ser tu Emanuel en esta navidad. En el nombre de Jesús, tu existencia puede ser transformada en nueva vida y reservada para la eternidad. Por fe en su nombre hallarás perdón para tus pecados y podrás luchar contra el pecado que destruye tus relaciones más sagradas.

Señor Dios: que al encontrarme en dudas y dificultades escuche tu palabra, me arrepienta y ordene mi vida. En nombre de Jesús, mi Emanuel. Amén.

26 de diciembre
Lucas 2:15-20

El camino de los pastores

Al volver los pastores, iban alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído. (Lc 2:20)

Eran considerados parte de la población más baja del país. Eran simples pastores, cuya tarea los ponía en contacto con una realidad considerada “impura”, según algunos. Pero cuando el Mesías llegó a este mundo, fueron los primeros destinatarios de semejante noticia.

No era para quedarse de brazos cruzados, mirándose unos a otros. Aquel que llegaría a ser el gran Pastor de Israel quiso que ellos fueran los primeros. “Vayamos a Belén y veamos esto que ha sucedido”, se dijeron. Así que fueron de prisa y encontraron a María y José, y al niño rey acostado en un pesebre. ¡Qué escena más extraordinaria! Dios envuelto en pañales. El Creador en brazos de una madre primeriza. El Todopoderoso sometido, por amor, a las fuerzas de la naturaleza, al hambre, al frío. El amor todo lo puede, todo lo sufre, todo lo soporta... una fotografía majestuosa de lo que significa el amor sacrificial.

La escena nos muestra dónde se deja encontrar Dios. Ese Dios fulgurante que con su gloria nos intimida y aterroriza porque nos recuerda nuestro pecado y debilidad, de pronto se deja encontrar en un Jesús encarnado, en quien la gloria se oculta para no consumirnos. Y ese mismo Jesús se deja encontrar hoy en una pila bautismal, en un púlpito donde se predica su evangelio, en un altar donde se ofrece su cuerpo y su sangre.

Vayamos pues, como los pastores, al encuentro de Jesús. Ellos nos enseñan el camino. No nos quedemos de brazos cruzados. ¡Ese encuentro cambia la vida! Tras ese encuentro habremos de alabar y glorificar a Dios por lo visto y oído.

Te alabo, Padre, por darnos el precioso regalo de tu Hijo. Ahora que sé de Jesús, que no me quede quieto hasta hallarlo y abrazarlo con fe. Amén.

07 de diciembre
Isaías 1:18-20

Las cuentas en claro

El Señor dice: “Vengan ahora, y pongamos las cosas en claro. Si tus pecados son como la grana, se pondrán blancos como la nieve”. (Is 1:18)

Suele decirse que *las cuentas claras conservan la amistad*. Muchas relaciones se han deshecho por causa de alguna deuda que no fue honrada a tiempo. Saber honrar las deudas es una virtud preciosa. A veces se desperdician largos años de amistad por causa de una deuda impaga.

Dios quiere poner en claro las cuentas con cada uno de nosotros. La relación Dios-hombre, que es el vínculo vital de nuestra existencia, se ha visto profundamente afectada por el pecado. Una relación destinada a ser de armonía, confianza y comunión, se convirtió en temor, ira, vergüenza e incluso indiferencia.

Muchas veces tratamos de convivir con esa realidad dolorosa y remediarla a nuestra manera: huimos, nos escondemos, tratamos de negociar con Dios, apretamos los dientes y negamos la realidad. Pero, en el fondo, sabemos que algo que debe ser arreglado todavía sigue pendiente. Los remedios que usamos no nos traen verdadera paz.

Y las cosas no pueden ser de otra manera, a menos que Dios mismo las arregle. Para que esas deudas no sean un estorbo en nuestro vínculo con el Dios santo, Él mismo las toma y las coloca sobre su Hijo santo e inocente. Cuando Dios nos dice que hemos sido perdonados, no es que esté postergando un reclamo para el futuro. Él perdona de veras, y lo hace porque Jesús, con su sufrimiento y muerte, efectivamente pagó nuestra culpa. El pecado es quitado, borrado, echado en lo profundo del mar. Jesús vino a este mundo a cargar con aquello que nos destruye.

Entonces, no huyamos. Vayamos al encuentro con Dios en arrepentimiento. Él nos perdonará, y las cuentas quedarán en claro.

Padre celestial: ayúdame a reconocer mis faltas. Perdónalas y ayúdame a perdonar a quienes me hayan ofendido. Por Jesús. Amén.

08 de diciembre
Salmo 24

Manos limpias y corazón puro

**¿Quién merece subir al monte del Señor? ¿Quién merece llegar a su santuario?
Sólo quien tiene limpias las manos y el corazón puro. (Sal 24:3-4)**

Hay lugares a los que nos gustaría mucho entrar, aunque sea por curiosidad. Pero no es posible, a menos que el dueño o el jefe nos inviten. Necesitamos un vínculo con quien decide el acceso; tenemos que reunir las condiciones para estar allí. Pensemos, por ejemplo, en alguien que desea presenciar una cirugía de corazón, parándose al lado de los cirujanos. Imposible, a menos que sea parte del equipo médico.

Dios habita en el más santo de los lugares. Un lugar en el que su santidad es como una luz que encandila y consume. ¿Qué persona, contaminada por el pecado, está en condiciones de entrar? A menos que tengamos la justicia y la santidad que se requieren, no estamos en condiciones de permanecer en la presencia del Creador del universo y del Señor de la historia.

Sin embargo, Dios ha abierto una posibilidad para llegar a su presencia: es entrando junto con su hijo Jesús. Si conocemos al Príncipe, podemos llegar al Rey. Jesús es el príncipe que viene a este mundo y que luego de su misión regresará al Padre. Él viene al rescate de los pecadores. Siendo Dios, nacerá en un pesebre, vivirá como siervo y purificará con su perdón a todos los que creen en su nombre. Él atribuirá justicia perfecta a quienes esperan en su gracia, quienes anhelan ser cambiados. Al ser bautizados, al congregarnos con su pueblo y al oír su evangelio, estamos en comunión con Jesús como un anticipo del gran reencuentro con el Padre en la eternidad. ¿Quién entrará? Esperemos al Príncipe. Confiemos en el Hijo. Con él hay entrada al Padre.

Padre celestial: Purifica mi corazón y mis manos. Quiero estar en tu santa presencia. Acéptame en tu misericordia. Por Jesús. Amén.

25 de diciembre
Lucas 2:1-14

Dios a la tierra, el hombre al cielo

**¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a todos los que gozan de su favor!
(Lc 2:14)**

En el Edén había quedado claro que Dios no dejaría a la deriva aquello que había creado con tanto amor y dedicación. Dios no renegó de su creación. Es que los humanos habíamos sido creados para vivir cerca de Dios. Por siglos, Dios daría señales intensas de ese amor profundo y demostraría su afecto entrañable que quiere atraernos cerca de su corazón. Y también por siglos, los seres humanos rehuimos de ese abrazo que Dios quería estrecharnos.

En Belén se nos muestra hasta qué punto Dios estuvo dispuesto a llegar, por amor. La brecha entre el santo y el pecador, entre el cielo y la tierra, iba a cerrarse a través de su auto-entrega misteriosa: Dios iba a atravesar el abismo haciéndose humano para estar con nosotros, para actuar por nosotros, para ser nuestro Emanuel. A través de Jesús—el Dios encarnado—se tendería un puente precioso entre el Creador y su creatura. Por ese puente Dios viene a la tierra y el hombre asciende al cielo.

La navidad le devuelve la gloria a quien la merece y la paz a quien la ha perdido: a Dios y al hombre. Cuando el hombre quiso robarle la gloria a Dios en el Edén, se acabó la paz. Cada vez que con nuestros pensamientos, palabras y obras, le disputamos la gloria a Dios, la paz deviene en conflictos, dolores y muerte. Ahora, en Belén, la paz vuelve a ser una posibilidad cierta: en Jesús, los seres humanos pecadores gozamos del favor de Dios. ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz a los hombres!

Te glorificamos, Padre, en esta santa navidad. Gracias por descender a nuestra condición para elevarnos a la tuya. Danos tu eterna paz y tu perdón. Por Jesús. Amén.

24 de diciembre
Tito 2:11-14

Una navidad con gracia

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres. (Tito 2:11)

Como la luz en un sitio oscuro. Como la lluvia sobre un terreno reseco. Como el aroma del mejor perfume en un ambiente viciado. Como todo lo que refresca, revitaliza y renueva. Así es la gracia de Dios. Esa gracia nos revela el corazón de Dios. En ella brilla la buena voluntad del Creador para con nosotros.

Esta noche es Nochebuena. Nos hemos preparado para este momento. Esta tiene que ser una noche diferente, porque Dios permite que así sea. Sí, ¡porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres!

Tu navidad puede ser una navidad con gracia. Para muchos, lamentablemente, no lo es. Por falta de medios, por exceso de dificultades, pero sobre todo por falta de fe. Quizás sea una navidad de abundancia, de consumo, de luces, pero no una navidad con gracia. ¿Cómo será tu navidad? ¿Vas a tener mucho, pero con sabor a nada? La gracia de Dios se ha manifestado en su Hijo, en ese niño preparado desde la eternidad, prometido en el Edén y nacido en Belén. Nuestra navidad sólo será una verdadera navidad si tenemos a Jesús, su palabra, su presencia, su iglesia. ¿Lo hemos buscado?

Sólo en Jesús vamos a encontrar la gracia de Dios que trae consigo el poder salvador. Ese poder es el único que nos salva de la impiedad y de los deseos mundanos, y nos da fuerza para vivir de manera sobria, justa, piadosa y con esperanza. Abracemos, entonces, con arrepentimiento y fe al niño que Dios nos regala, y vivamos esta navidad, y cada día de nuestras vidas, con gracia.

Padre de gracia y misericordia: te agradecemos y alabamos por darnos a tu Hijo. Gracias porque en Él tenemos salvación, esperanza y paz. En su nombre. Amén.

09 de diciembre
Jeremías 33:14-16

El Señor es nuestra justicia

Cuando llegue el día y el momento, haré que de David surja un Renuevo de justicia, que impondrá la justicia y el derecho en la tierra. (Jer 33:15)

¡Justicia! ¡Justicia! clama y reclama la muchedumbre congregada frente al edificio de los tribunales. Muchos que lo ven, se adhieren a su causa. Otros, resignados, murmuran: “aquí no va a pasar nada”. La escena nos resulta familiar: Revela uno de los grandes dilemas de este mundo. Es tan difícil que se haga justicia. ¿Quién defiende al débil y al pobre? ¿Cuándo terminarán las injusticias?

Jeremías anuncia la venida de alguien que tomará sobre sí la causa de los perdedores, los abusados. ¿Cómo hará Dios para traerle justicia a esa gente? ¿Desaparecerá la injusticia como por arte de magia? Quizás soñamos con un Dios justiciero que un día baje del cielo y elimine de un golpe a todos los injustos. Es una fantasía recurrente.

El problema es que “no hay en la tierra nadie tan justo que siempre haga el bien y nunca peque” (Ecl 7:20). Y si nadie es justo, estamos ante un problema: lo único que podemos pedirle a Dios, en ese caso, es misericordia. Es por causa de nuestra injusticia que Dios enviará al Renuevo de justicia, a su santo Hijo, a morir por los injustos. Él único en condiciones de clamar por justicia -el único justo- no tendría justicia: le tocó morir por los injustos, por ti y por mí.

Su entrega a la muerte, su obediencia y su victoria lo transformaron en fuente de justicia y misericordia para todos: él justifica a los pecadores arrepentidos ante el Padre. Él vendrá como juez de vivos y muertos. Él vindicará a los suyos. En él esperamos. El Señor es nuestra justicia.

Jesús, Renuevo de justicia: regálame tu justicia perfecta. Ayúdame a luchar contra todo tipo de injusticias. Ten misericordia de los que sufren. Amén.

10 de diciembre
Salmo 25:1-10

Editando nuestra vida

Tú, Señor, eres todo bondad. Por tu misericordia, acuérdate de mí; pero olvídate de que en mi juventud pequé y fui rebelde contra ti. (Sal 25:7)

Si toda nuestra vida estuviera filmada en una cinta, seguramente usaríamos una tijera para recortar buena parte de esas escenas “olvidables”. Sólo dejaríamos lo que nos favorece. Lo que se recuerde o se olvide, incide en nuestra suerte como “actores” de la vida.

¿Se acuerda Dios de nosotros? ¿Qué parte de la película se guarda? Hay quienes viven pensando que Dios está en deuda con ellos. Piensan que han sido poco premiados por la crítica del prójimo, o por Dios mismo. Se acercan a Dios recordándole sus “buenas escenas”, con la intención de forzarlo a cumplir sus deseos.

Es mejor que Dios se olvide de ciertas cosas al tratar con nosotros. La única manera de salir bien parados ante Él, es que nos trate de acuerdo a su misericordia y no según nuestros méritos. Si no fuera por el amor y la misericordia de Dios, estaríamos perdidos sin remedio. En su misericordia, Él “decide” no ver esas escenas en las que salimos mal parados: orgullo, falta de amor, deseos que ofenden su santidad. Incluso en las escenas que consideramos “buenas”, nos salimos del libreto.

La misericordia divina tiene un nombre: Jesús. Él viene a “poner el cuerpo” por nosotros, para hacer bien lo que nosotros sólo podemos hacer mal. Dios recorta las escenas vergonzosas de nuestra vida y las reemplaza con las de su Hijo, el actor principal de nuestra salvación. Dios toma el sufrimiento, la obediencia y el clamor de su Hijo, y los pone en lugar de nuestras escenas fallidas. No es que seamos buenos actores: es que él es un benévolo editor. Confiemos, entonces, en su misericordia.

Padre, que nunca me acerque a ti confiando en mis méritos, sino que espere sólo en tu misericordia. Por Jesús. Amén.

23 de diciembre
Isaías 9:2-7

Las tinieblas se disipan

El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; sí, la luz resplandeció para los que vivían en un país de sombras de muerte. (Is 9:2)

Las tinieblas, además de ser una realidad negativa, son en sí mismas un símbolo de todo lo maligno que existe en el mundo. Si decimos, por ejemplo, que tal persona “anda en tinieblas”, no hay manera de entender esa afirmación como algo positivo.

Desde una perspectiva espiritual, las tinieblas representan un mundo en el que nada bueno puede esperarse. Las profecías acerca del Mesías refieren a su venida como a la irrupción de una luz en medio de las sombras de la muerte. Israel, el pueblo de Dios, había pasado por momentos tristes y oscuros en su historia. Períodos de desobediencia y rebelión seguidos por invasiones, deportaciones y calamidades sin fin. Eran tiempos de sombra de muerte. El Mesías llega como un rey niño para revertir ese panorama sombrío. La tierra de Galilea, lugar del ministerio de Jesús, sería escenario de esa venida luminosa.

Jesús es el príncipe de paz que va a acabar con todos los símbolos de conflicto, guerra y enemistad entre nosotros. Sus nombres son propios de un rey extraordinario: “Consejero admirable”, “Dios fuerte”, “Padre eterno” y “Príncipe de paz”. Él viene a nuestra Galilea arrasada a establecer un reino espiritual de paz, para gobernar nuestras mentes y corazones. Si nuestra existencia es atravesada por oscuridad, si los conflictos y las guerras han devastado nuestra vida, hay esperanzas inmensas en ese PRÍNCIPE DE PAZ.

Preparémonos para recibirle en arrepentimiento y fe. Con su amor y perdón, con su justicia y su paz, Él iluminará nuestros corazones. Su *advento* puede ser nuestro *advenimiento* a una existencia nueva y luminosa.

Dulce Mesías, luz del mundo. Ven a mi vida para poner luz en mis zonas de confusión, culpas e ignorancia. Lléname de tu paz. Amén.

22 de diciembre
Lucas 1:26-38

Un Santo Ser: Hijo de Dios

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios. (Lc 1:35)

No hay palabras para explicar el tremendo privilegio que habría de tener María, la madre de nuestro Salvador: Una joven virgen pueblerina, comprometida para casarse, un buen día es visitada por un mensajero del cielo. Podemos imaginarnos lo que pasó por su mente y su corazón durante ese encuentro. ¡Cuántas preguntas! ¡Qué sorpresa!

Una historia preciosa que venía germinando por siglos, de pronto iba a brotar con esplendor: María habría de engendrar al ser más extraordinario que ha pisado esta tierra: al mismísimo Hijo de Dios, la encarnación de la segunda persona de la Santa Trinidad. Un gran hombre, pero al mismo tiempo Hijo del Altísimo. Cielo y tierra, Dios y hombre, desde ahora estarán fundidos en ese ser que unirá para siempre al Creador con la criatura. Dios decide hacerse humano, y ese encuentro se producirá en el vientre de esa joven escogida. ¡Cuánta emoción!

Dios tomará su carne y su sangre del cuerpo de una mujer a la que Él mismo había preparado desde la eternidad. María es la nueva Eva, la mujer a través de la cual nace la simiente para aplastar la cabeza a Satanás. Para quienes hemos sido esclavizados por el pecado, para aquellos que sufrimos por estar lejos del Creador, este relato nos muestra cuán en serio toma Dios nuestra situación. ¡Cuánta esperanza!

Que la humildad y la fe de María nos tracen la senda en este tiempo de Adviento. Confiemos, alegrémonos y celebremos aquello que Dios nos regala.

Jesús, hijo de María: Cuánto amor me has demostrado al dejar tu gloria eterna para hacerte uno de nosotros. Que mi corazón confíe y se regocije por este regalo. Ven a mi corazón, Señor. Amén.

11 de diciembre
Mateo 11:2-15

No esperes a otro

Juan, que estaba en la cárcel...envió a dos de sus discípulos para que le preguntaran: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?” (Mt 11:2-3)

Saber esperar: Saber a quién esperar: Esperanza... o frustración. ¡Pobre de aquel que no tiene más nada que esperar! ¡Qué negro es el futuro sin ningún tipo de esperanza!

Juan el Bautista había tenido un rol clave en relación con la venida del Mesías: él había sido destinado como profeta y portavoz, para preparar el camino de Cristo. Muchos, al escucharle, confesaron sus pecados y sus corazones volvieron a latir con esperanza. Dios estaba a punto de cumplir sus antiguas promesas. Juan había proclamado “preparen el camino para el Señor”.

Pero ahora Juan estaba en la cárcel por predicar la verdad. Los poderes de este mundo siempre resisten la voluntad divina. Juan debía pagar un alto precio por el hecho de ser fiel, y cargar la cruz. Jesús, por su parte, había comenzado su ministerio. Grandes señales anunciaban que él era el que había de venir: Los ciegos veían, los cojos andaban, los leprosos eran limpiados. El Mesías estaba revirtiendo lo que el pecado había destruido. Por su vida, muerte y resurrección, comenzaba una nueva creación.

Pero Juan, humano como nosotros, parecía tener ciertas dudas: ¿Cómo es posible que todavía sufra, si Dios gobierna el mundo? Nuestras preguntas no son muy diferentes: ¿Por qué sufrimos tantas injusticias, si Cristo ya triunfó sobre la muerte, el diablo y el mundo?

Aunque a veces parezca que tenemos que esperar a otro Mesías, no hay otro que esperar aparte de Jesús de Nazaret. Sus fieles seguidores tenemos asegurada la entrada al Edén. Por fe, su victoria en la cruz nos pertenece.

Padre, enséñame a esperar en ti y en tu Hijo Jesucristo. Quiero vivir en la alegría de tu nueva creación. Por Jesús. Amén.

12 de diciembre
Salmo 146

Un Señor que no defrauda

No pongan su confianza en los poderosos, ni en ningún mortal, porque no pueden salvar. (Sal 146:3)

La acción de confiar conlleva siempre el riesgo del desencanto. Al pasar por momentos de pruebas, nuestra confianza debería activarse. Es algo así como el airbag en un accidente: debe funcionar en el momento justo. Pero muy a menudo sucede que, cuando más necesitamos de tal o cual persona, menos podemos contar con ella, o no nos animamos a molestarla con nuestro problema.

¿En quién confías? ¿Quién es tu auxilio incondicional? ¿Le confías todo lo que te aflige? Hay temas en los que ningún humano, por más poderoso que sea, podrá ayudarnos. Hay problemas que superan al más valiente, al más capaz, al más inteligente... comenzando por nosotros mismos. ¿Existe un ser digno de tal confianza?

El salmista nos invita a confiar en alguien que tiene un currículum incomparable. Él creó los cielos y la tierra. Siempre ha cumplido su palabra. Está del lado de los oprimidos y los débiles. Levanta a los caídos. Viudas, huérfanos y extranjeros cuentan con él. ¡Los que confían en el Dios de Jacob son dichosos!

¿Podemos confiar en él? Sí. Su interés por nosotros, por nuestra situación, hace que él quiera estar siempre a nuestro lado. Él estuvo dispuesto a hacerse humano naciendo de una virgen, para vivir en carne propia lo que nosotros padecemos, ¡incluso la muerte! Él viene a establecer un reino que nada ni nadie pueden destruir. Él es la cabeza de una nueva creación. Su muerte y resurrección y su amor infinito, lo hacen digno de nuestra confianza.

Él es el Hijo de Dios: Jesucristo, la divinidad en persona. No confiemos en los poderosos del mundo. Donde los humanos fallan, Él salva. Confiemos en Él.

Amado Jesús, hijo de Dios, hijo de María: tus promesas de vida no fallan. Que no falle mi confianza en ti. Amén.

21 de diciembre
Mateo 1:1-17

El ADN de Jesús

Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo. (Mat 1:16)

Una genealogía es el estudio de los genes de determinada persona. La genealogía nos actualiza los trazos hereditarios de un personaje dado. Por nuestra sangre corre, por así decirlo, un río de historia. Esa historia puede pasar por ilustres personajes o seres que avergüenzan. Todos somos, de alguna manera, representantes de un pasado que se pierde en el tiempo.

La Biblia dedica bastante espacio a reconstruir esos ríos de historia, llamados genealogías. El evangelio de Mateo nos presenta de entrada al protagonista, Jesucristo, como hijo ilustre de David y Abraham, dos personajes notorios. Pero en esa galería de nombres también se cuelan personajes que quizás, si se tratara de nuestra genealogía, los borraríamos: Tamar, que consiguió un hijo engañando a su suegro; Rut, una extranjera de un pueblo rival; Rahab, una prostituta devenida en salvadora y Betsabé, una mujer forzada a ser esposa de David. De esa historia, Jesucristo emerge como el eslabón dorado en una cadena de luces y sombras.

Lo más asombroso es que, más allá de los nombres, Jesucristo representa a todos y cada uno de los nombrados. Él viene a revertir historias de pecado y vergüenza; historias como la tuya y la mía. En la hora del juicio, él tomará sobre sí nuestras bajezas para inaugurar un tiempo nuevo: un tiempo en el que nadie habrá de ser condenado por su pasado. Como humano, aunque sin pecado, él representará lo más vil de cada uno. Por eso su entrada en el mundo será en profunda humildad. Por fe en él, somos incorporados ahora a su historia gloriosa. Él, el Salvador, llega a ser nuestro hermano, nuestro Jesucristo.

Jesucristo, mi Salvador: te agradezco por la humildad con la que fuiste revestido. Toma mi historia de pecado y vergüenza, y hazla una historia de perdón y salvación. Amén.

20 de diciembre
Miqueas 5:2-4

De Belén para el mundo

Tú, Belén Efrata, eres pequeña para estar entre las familias de Judá; pero de ti me saldrá el que será Señor en Israel. (Miq 5:2)

Una aldea pequeña destinada a ser famosa. Belén había sido cuna de la familia de Elimelec y Noemí, los suegros de Rut, la moabita que fuera recibida bajo las alas de Yahvé. No solo eso; había sido la cuna del gran rey David, el hijo de Isaí. Belén está situada a unos pocos kilómetros al sur de Jerusalén, en la denominada “ruta de los patriarcas”. El nombre Belén (*Bet Léjem*) significa “casa de pan”, dado que allí se cultiva trigo y cebada.

Una pequeña aldea, cuna de grandes reyes. Pero todavía faltaba el más grande de todos: el salvador Jesús. A partir de su llegada, el nombre Belén quedaría grabado en la historia con letras de oro. ¿Puede salir alguien tan grande de un lugar tan humilde? En principio, la lógica nos dice que no. Por esta razón fue que, cuando los magos de oriente buscaban al rey recién nacido, se dirigieron a Jerusalén, la capital, y no a esa pequeña aldea.

Dios sigue ofreciéndonos y dándonos grandes cosas a través de lugares, elementos y personas humildes. Con simples palabras Él nos anuncia la buena noticia del evangelio: el mensaje de perdón gratuito por causa de Cristo. A través de agua, unida a su palabra, nos lava y nos incorpora a su reino. A través de pan y vino, unidos a su palabra, nos alimenta para la eternidad.

No rechacemos lo que Dios nos ofrece en Belén por su apariencia. Alimentemos nuestra esperanza con el pan que el Padre amasa con amor en esa tierra: el pan de vida, Jesús.

Dios de gracia: te alabo por darme un Salvador tan grande, nacido en un lugar tan humilde. Que en humildad también, yo reciba sus dones de vida. Por Jesús. Amén.

13 de diciembre
Isaías 35:1-10

El Edén restaurado

El desierto... florecerá en abundancia, y también se alegrará y cantará con júbilo, pues le serán dadas la belleza del Líbano y la hermosura del Carmelo... (Is 35:1-2)

La puna de Atacama, en Chile, es uno de los lugares más áridos del planeta. Debido a esto, es un lugar escogido para ubicar grandes observatorios astronómicos. Muy de vez en cuando ese desierto, en el que la vida parece imposible, se cubre totalmente de flores. ¡Increíble! Debido al fenómeno climático de “El Niño”, lluvias inusuales transforman ese desierto en un maravilloso jardín.

La vida humana, con sus dramas a causa del pecado, puede ser comparada con un árido desierto. Allí donde debieran brotar la confianza, el amor y la justicia, vemos las ásperas piedras y arenas quemantes del egoísmo, la incredulidad y la inmoralidad. Muchos han perdido toda esperanza en que esto pueda revertirse; por eso se arrastran por la vida como serpientes astutas, dispuestas a dar caza a la primera presa distraída disponible.

Pero hay otra clase de personas: son quienes esperan con ansias “el fenómeno del niño”, aquel que fuera prometido en el Edén. Su presencia en este mundo encenderá la esperanza de una completa renovación, algo posible para los que abrazan con fe su persona y su obra. Él viene a neutralizar en su cuerpo las fuerzas diabólicas que hacen del corazón humano un desierto.

La venida del Prometido abre la esperanza de una lluvia bendecida, un regalo de vida capaz de transformar el desierto de nuestra existencia en un Edén anticipado. Aquí y ahora, por fe, ya recibimos el maravilloso anticipo de esa existencia paradisíaca. En nuestro desierto podemos observar esperanzados al que brilla entre los astros. La estrella de Belén anuncia, brillante, que Él viene a hacer de nuestro desierto un jardín.

Amado Jesús, primogénito de la creación: derrama tu lluvia de gracia sobre la sequedad de nuestra vida, hasta que entremos en tu Edén. Amén.

14 de diciembre
Isaías 12:2-6

La hora del gozo

Y con gran gozo sacarán ustedes agua de las fuentes de la salvación. (Is 12:3)

¿Qué cosas nos producen gozo en esta vida? ¿Con cuánta frecuencia lo experimentamos? ¿Dónde lo buscamos? El verdadero gozo es un don del Espíritu Santo, junto con la paz, la paciencia, la fe y otros regalos. Correr detrás del placer, el confort o el consumo, no necesariamente nos conducirá al gozo. A veces esa búsqueda, casi desesperada, nos dejará secos, vacíos o frustrados.

El verdadero gozo es una experiencia vibrante en nuestro espíritu. No tiene que ver con lo que nosotros hacemos por ser más o menos felices; es el resultado de lo que Dios nos hace experimentar por gracia, por ser un Dios bueno y misericordioso.

Y es por eso que el gozo puede brillar incluso en medio de las sombras del dolor, el sufrimiento y la muerte. Es una convicción que nos eleva, asociada con el perdón, la salvación, la seguridad de que lo terrible de nuestra vida no tiene la palabra final. Es como el caminante perdido en el bosque que de repente vislumbra el sendero de salida, o el sediento en el desierto que de pronto descubre el oasis.

No hay mayor gozo que la experiencia de la salvación. Es la certeza que brota de la palabra divina de que Dios ya no nos acusa, sino que nos consuela... de que ya no es nuestro enemigo, sino nuestro salvador. Cuando nuestra vida parece ser un laberinto sin salida, podemos elevar nuestra mirada y confiar en Aquel que se manifiesta como nuestro salvador en el pesebre y en la cruz. El profeta nos invita diciendo: ¡Vean a Dios, mi Salvador! Jesús es la fuente inagotable de esa salvación. Aferrémonos a Él con fe, para experimentar el favor divino.

Dios de misericordia: renueva en mí el gozo de tu salvación. Alimenta mi débil fe. Por Jesús, mi Salvador. Amén.

19 de diciembre
Isaías 7:10-14

Esperando al Emanuel

Pues ahora el Señor mismo les dará una señal: la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel. (Is 7:14)

En medio de la calamidad nacional, el profeta de Dios viene al rey Acaz con un mensaje de esperanza. Quiere que éste recuerde el pacto de gracia que Dios había hecho con su antepasado David. Le ofrece que pida una señal, para que tenga la certeza de que Dios estaba con él, que podía confiar en su poder y misericordia. Pero Acaz se rehúsa a confiar, y recurre a evasivas hipócritas para rechazar el don de Dios.

Acaz retrata lo que muchas veces hacemos con aquello que Dios nos ofrece. Dios nos quiere conducir a una relación de confianza, quiere ser nuestro Padre amoroso, para que depositemos en Él nuestras ansiedades. Pero no estamos dispuestos a escuchar sus ofertas. Preferimos seguir en nuestra incredulidad, depositando nuestra confianza en aquello que no puede salvar. Negar nuestro pecado, confiar en nuestros méritos, compararnos con otros, son nuestros métodos evasivos para rehuir de Dios cuando se nos aproxima.

Aquellos que rechazamos la señal de la virgen y el niño anunciada por Isaías, nos estaremos condenando sin remedio a una vida temporal y eterna lejos de Dios. Es a través de ese Niño que viene en camino, que Dios se hace nuestro Emanuel, nuestro *Dios con nosotros*. En Belén, Dios viene a estar tan cerca de nosotros que se hace uno de nosotros. Desciende de su gloria y se hace un bebé vulnerable. Su gloria eterna se reviste de carne y sangre. A pesar de ser el rey del universo, descansa en un pesebre. Navidad revela que Isaías decía la verdad. No hagamos como Acaz: confiemos y celebremos.

Divino Emanuel: gracias por venir a nosotros. Gracias por hacerte uno de nosotros. Gracias por dar la vida por nosotros. Que nuestra fe en ti nunca falle. Amén.

18 de diciembre
Romanos 1:1-7

Divino heredero de David

Les escribo acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que conforme a los hombres descendía de David. (Ro 1:3)

Si vamos al cine y nos preguntan acerca de la película que vimos, se espera que en pocas palabras podamos resumir la trama y narrar lo más saliente de su protagonista. Cuando se le pregunta a un cristiano acerca de su fe, se espera que pueda contar en pocas palabras quién es Jesucristo y qué hizo por cada ser humano.

El tema central de la Biblia es Jesucristo. Todo apunta a él y se resume en su persona y su obra. Cuando san Pablo introduce su carta a los Romanos, dice que escribe *acerca de Jesucristo, que conforme a los hombres* –según su naturaleza humana- *descendía de David*. Por otra parte, ese Jesucristo era de naturaleza divina. Ambas naturalezas se unieron en una sola persona, de manera indivisible, a partir de su concepción y continuarán unidas para siempre.

La persona de Jesús sigue siendo un misterio. A lo largo de los años, muchas sectas torcieron las enseñanzas de las Escrituras y “crearon” un Jesús distinto del que nos muestran los evangelistas y apóstoles. Una secta, el docetismo, enseñaba por ejemplo que Jesús era humano sólo en apariencia, por lo cual su muerte también fue pura apariencia. Sin embargo, Jesús, descendiente del rey David, fue capaz de sufrir, morir y resucitar. Él es el rey de Israel y vino para ser el rey de todo corazón arrepentido que busca a Dios sinceramente.

Aunque su historia arranque en un humilde pesebre y su trono sea la cruz, su reinado en nuestra vida implica el acceso a un reino lleno de promesas y esperanzas. Busquémolo. Conozcámosle. Creamos en Él.

Oh Dios, gracias por darme un salvador cercano y poderoso que puede ocupar mi lugar, morir por mí y elevarme a tu gloria en la eternidad. Amén.

15 de diciembre
Filipenses 4:4-7

Sí al gozo, no a la angustia

Regocijense en el Señor siempre. Y otra vez les digo, ¡regocijense! (Fil 4:4)

Una mujer lleva sentada largas horas, junto con muchas otras madres, esperando que le permitan reconocer el cadáver de su hija fallecida en el incendio de una discoteca. Cuando se le pregunta por su caso, ella comenta que es el segundo hijo que ha perdido de forma trágica. Se le ofrece orar por ella. La mujer asiente y responde: “Siento una paz que no sé de dónde viene”. Era una mujer creyente y se notaba en su mirada que algo la distinguía del resto, algo que brotaba de su espíritu.

¿De dónde viene esa clase de paz? ¿Cuál es la fuente de semejante gozo? El apóstol habla de una paz que “sobrepasa todo entendimiento”. Él nos exhorta a regocijarnos siempre. ¿Cómo es posible? La clave de ese gozo y esa paz están en la expresión *en el Señor*. Son el fruto de una relación muy especial. No se derivan de sensaciones de los sentidos, ni de las terminales nerviosas del cuerpo. Son una realidad que Dios crea, algo inexplicable que se da cuando confiamos en el Señor, cuando tenemos la certeza de su perdón y de su compañía, y cuando estamos en comunión con Él.

El ángel en Belén traerá “noticias de gran gozo”. Recibamos esa noticia con fe. El Señor está cerca, nos dice el apóstol. Navidad nos recuerda que está tan cerca, que llega a ser nuestro *Emanuel*, que viene del cielo para estar a nuestro lado. Que está con los que creen, aquí y ahora, en su palabra. Que va a regresar en gloria para llevarnos consigo para siempre, junto al Padre. Regocijémonos en el Señor: Siempre.

Oh Dios, dame la paz y el gozo del pesebre y de la cruz. Guarda mi corazón y mi mente en Cristo Jesús. Amén.

16 de diciembre
Lucas 3:7-14

Arrepentimiento sincero

Produzcan frutos dignos de arrepentimiento y no comiencen a decirse:
“Tenemos a Abraham por padre”. (Lc 3:8)

Ser considerados “raza de víboras” no es precisamente un elogio. Sin embargo, ese es el duro apelativo que debe usar Juan el Bautista contra aquellos que se acercan buscando ser bautizados. El profeta sabe bien que no están sinceramente arrepentidos, sino que su actitud es apenas un simulacro. Esa gente cree que no tienen nada que cambiar; que no deben renunciar ni a su orgullo ni a su justicia. Es más, se escudan diciendo: “tenemos a Abraham por padre”.

Pero el arrepentimiento que Juan predica es algo totalmente distinto de un mero gesto exterior. Demanda un cambio de la mente y del corazón, un cambio que se evidencia en frutos de amor y de justicia. No es un traje de bondadosos que nos colocamos para negociar una mejor condición ante Dios o el prójimo. Es dolor por el pecado, un cambio desde la raíz. Es muerte a una forma de ser y fe en el cambio que Dios opera en nosotros. El arrepentimiento sincero no es un parche exterior; es obra de un Dios justo y misericordioso en nuestro ser.

La venida del Mesías demanda ese cambio en nosotros. Celebrar una navidad auténtica implica tal arrepentimiento. La venida de Jesús nos abre la puerta a una auténtica reconciliación con Dios. El Dios justo, que pone al descubierto nuestra maldad y pecado, es el mismo que por causa de Jesús nos perdona, nos renueva y nos permite producir auténticos frutos de arrepentimiento. Son más que simples parches externos. Son obras frescas, espontáneas, que ya no pretenden sobornar a Dios, sino que brotan de un corazón restaurado por la gracia divina.

Padre santo: que no busque ocultar mis pecados detrás de máscaras de justicia. Quiero morir al pecado y renacer a una nueva vida. Por Jesús. Amén.

17 de diciembre
Isaías 7:1-9

El que cree, permanece

Si ustedes no creen esto, tampoco permanecerán. (Is 7:9)

El rey Acaz de Judá estaba atravesando un momento de gran peligro y amenaza: sus vecinos, los sirios y los israelitas del reino del norte, estaban planeando invadir Judá, repartírsela y poner un rey títere que respondiera a sus intereses. Acaz, si bien se ocupaba de fortificar las defensas de la ciudad, temblaba de miedo. El temor se contagiaba a todo el pueblo. La amenaza parecía justificar tanta inquietud. ¿Qué hacer? ¿Resistir? ¿Rendirse? ¿Aliarse con otro más fuerte que pueda defenderlos?

Mientras Acaz se debatía entre alguna de estas opciones, fue a visitarlo el profeta Isaías. El emisario divino lo exhorta a tener calma, a no temblar ante esos enemigos descritos irónicamente como tizones humeantes. Dios estaba al control de la situación. Las promesas de Dios respecto de la dinastía de David estaban vigentes e intactas. La mejor opción era confiar en la palabra que Dios había empeñado en el pasado. Ahora debería escuchar, arrepentirse y confiar: esa era su única opción. Pero no. El rey estaba empeñado en defenderse con otras armas, a su manera. Ese orgullo llevaría a su pueblo a la ruina.

¡Cuántas veces tememos igual que Acaz, y nos olvidamos de las consoladoras promesas de Dios! En este tiempo de Adviento se nos invita a confiar en las promesas ligadas al heredero de David: Jesús. Como parte de su reino, con una fe que no falla, las mismas fuerzas del infierno son incapaces de dañarnos. Contando con su perdón y su gracia, el diablo y sus demonios no podrán quitarnos ni la paz ni el gozo duraderos. Dudar es temer y temblar. Confiar es permanecer. Confiemos, pues, en el hijo de David.

Padre: dame tu Espíritu Santo para que no dude de tus promesas de gracia. Que permanezca en ellas siempre. Que permanezca en ti. Por Jesús. Amén.